

UN VUELO MÁGICO

LARGO RECORRIDO, 170

Giovanna Giordano
UN VUELO MÁGICO

TRADUCCIÓN DE CELIA FILIPETTO

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2022
TÍTULO ORIGINAL: *Un volo magico*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez

© Giovanna Giordano, 1998
© de la traducción, Celia Filipetto, 2022
© de esta edición, Editorial Periférica, 2021. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-22-4
DEPÓSITO LEGAL: CC-14-2022
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

*Dedico este libro a mi padre, Nicola Giordano,
hombre de ciencias. Antes de morir me contó esta
historia que ahora, tal vez, lea desde el espacio.*

I
LA LLEGADA Y MI DUQUE

La noche que llegué a África fue para mí la más hermosa de mi vida. Era una noche verde, una de esas en que la felicidad es casi insoportable. Estaba loco de vida, loco de aire, loco de viento y de sol. El silencio pasmoso llevaba en su interior el perfume del verano.

Volaba libre en el cielo, encabritaba el avión en la corriente cálida, bajaba planeando y las brillantes estrellas africanas saltaban sobre el planeta.

Pilotaba el *Vida Nueva*, mi Caproni 133. Era el 24 de junio de 1935. Destino: Eritrea. Misión: secreta. De mi viaje no sabía nada más.

Tú sigue, pensaba, no te detengas. Rumbo al frente, de ahora en adelante la vida será extraordinaria, siempre al sur, siempre al sur, quién sabe lo que te espera.

Maravillado como estaba, la cabeza me daba vueltas. La carlinga ya había pincelado mares en

plena borrasca, penachos de palmeras, dunas azafrán en el desierto, las pirámides egipcias y el mar Rojo.

Qué grande era la pirámide de Keops bajo la panza de mi trimotor ligero. Y yo también, ligero, inquieto, gato vagabundo entre las nubes, entusiasmado a cada golpe de timón.

Jugaba con el viento, subía y bajaba entre el mar y el espacio, me elevaba a altitud de cruce-ro para volver a ver las estrellas y descendía para lamer los labios del mar Rojo, repleto de peces y ballenas.

Volaba, volaba libre y miraba al frente, sin recuerdos, pues, cuando se vive, no hay tiempo para recordar, y entonces yo vivía. Sí, vivía. Era joven.

En aquella noche verde, en el mar flotaban los *sambuk* afarenses y navegaban los barcos italianos cargados de bombas.

En aquella noche verde, la hélice molía el aire perfumado de canela sobre la tierra abisinia, fuerte y roja como el planeta en el origen de los tiempos: precipicios, barrancos, rabiones, quebradas, selvas, cebras, jirafas, leones y gacelas en fuga. Después, cada vez más próximas, veía plantas de *cachó*, cactus candelabro, agaves jugosos, los reflectores color fresa del aeropuerto y la arena, fina como la de la luna.

En Otumlo, durante el aterrizaje en espiral, reinaba un silencio mágico, pero pronto estallaron los barritos de los elefantes y los cantos de las mujeres.

Las canciones se aproximaban poco a poco, como las luciérnagas tímidas en verano, y lentamente también se acrecentaba mi miedo.

Cuando el temor es muy grande devora el corazón. Debo ser valiente, pensaba, soy un hombre alado y no una triste oveja. Así como los cencerros de los camellos se balanceaban con el canto, sobre el lomo de éstos se mecían dulcemente las caderas de diez mujeres negras y desnudas.

Aquéllos eran los primeros cuerpos negros que veía, bronces maravillosos bajo la luna, y, a lomos del último camello, sentado en un palanquín, viajaba un capitán del ejército italiano acompañado de un papagayo verde, rojo y amarillo, de pico puntiagudo.

El hombre lucía un casco colonial, una sonrisa amplia y un aire melancólico, como el de quien goza el momento y nada más.

—Soy el capitán Beba Mondio, ¿y tú quién eres?

—El aviador Giulio Giamò, mi capitán.

—Te esperaba. ¿Naciste en Estrómboli en 1912?

—Sí, mi capitán.

—¿Y te llaman Mosquito?

—Sí, mi capitán.

—¿Por qué?

—Porque aterrizo en todas partes y soy silencioso.

—¿Sabes qué es la guerra?

—Sólo la he visto en el cine.

—Yo también, pero es mejor que nadie se entere de eso.

El papagayo se espulgaba las plumas coloridas y me miraba con malos ojos.

—¿Te crees especial porque vuelas? No tienes plumas ni tampoco alas, eres un pájaro a medias.

Era el primer papagayo parlante que veía en mi vida, ¿qué clase de magia era aquella?

Mondio me tranquilizó.

—No tengas miedo: cuando habla es breve.

—Nunca había visto un papagayo hablador.

—Jamás te asombres de nada, porque en África todo es maravilla. Te lo presento, se llama Papamundo.

—¿Qué significa?

—Que ama el mundo y come mucho.

Papamundo me seguía mirando con cara de pocos amigos.

Las luciérnagas se solazaban en el aire brillante y las mujeres me acariciaban con sus largas pestañas aterciopeladas, como los telones de la ópera. Pero, en aquella noche verde, el teatro no era un espejismo.

Chillaban las plantas y los insectos, las estrellas caían del cielo como el granizo, todo reía o temblaba, y los ruidos rasgaban la oscuridad.

¿A qué mundo había ido a parar? Chirridos, cuerpos desnudos y negros, un papagayo que hablaba y un capitán loco.

–Capitán, ¿cuál es mi misión?

–No puedo decirte nada.

–Diga lo que pueda.

–Tal vez mañana.

La noche avanzaba, la luna había desaparecido, hasta los mochuelos estaban a punto de dormirse y yo no dejaba de mirar al papagayo.

–¿Por qué hablas?

–¿Y tú por qué hablas?

–Transformo mis pensamientos en voz alta.

–Bueno, eso también vale para los papagayos parlantes.

La noche era líquida y las suaves mujeres exhibían su cuerpo desnudo con la misma naturalidad que yo mi nariz.

La luna languidecía abrazada por un viento cálido que nos echaba arena encima. Se me había desabrochado una de las sandalias y, al sacar brillo a mi casco cubierto de polvo, pintadas en el metal, se veían dos alas de águila, azules y blancas.

–¿Quién ha pintado esas alas, hombre volador?
–me preguntó Mondio.

–Las ha pintado mi hijo.
–¿Cuántos años tiene el niño?
–Apenas tres.
–¿Cómo se llama?
–Nicola, es el mayor y nació una noche de verano, bajo el arcoíris.
–¿Tienes más hijos?
–Dos y recién nacidos.
–¿Tienes padre? ¿Tienes madre?
–Mi padre murió. Me queda mi madre.
–¿Sentirás nostalgia por tu país?
–Combato la nostalgia y vuelo siempre hacia adelante.

–Bien, no permitas que te asalte en esta tierra inmensa. Verás, África no tardará en arrancarte el alma y aquí debes abrir los ojos y los oídos.

Pero a mí se me cerraban los párpados. Estaba muy cansado y lo único que quería era dormir. Entre los eucaliptos había dos cabañas: una de madera, de estilo militar, la otra de barro y paja. La primera era una casita, la segunda un *tukul*.

–¿Cuál prefieres? –me preguntó Mondio.

–La cabaña de madera.

Había puesto la mano en el picaporte y me disponía a bajarlo cuando, a la velocidad del rayo, la imagen de la cabaña, con su tejado, sus paredes y su picaporte, se desintegró: sobre las humeantes migajas, un ejército de termitas en fuga, con sus tenazas

puntiagudas y sus patas veloces. Acto seguido, las criaturas se escondieron en sus catedrales de tierra, altas como columnas, dispuestas a digerir mi casa.

—Hay que darse prisa antes de que todo desaparezca —dijo Papamundo.

Pero yo estaba agotado. ¿Qué país era aquél, donde los animales impedían dormir al hombre? Las moscas hacían más ruido que los elefantes, y los leones arañaban el aire.

Pude pasar el resto de la noche en la tienda del capitán Mondio. Era una tienda desnuda: un catre, una tarima donde escribir y dormir, un farol y un mapa a escala de Abisinia.

—Capitán, ¿qué quiere decir *Abisinia*? ¿Significa «abismo»?

—La palabra es de origen griego, significa «mezcolanza», pues aquí, de hecho, se mezclaron los hijos de los hijos de Noé, Sem, Cam y Jafet.

—¿Qué quiere decir *etíopes*?

—Hombres con el rostro quemado, así los llamaban en tiempos de Homero.

—¿Quemado?

—Quemado, negro. Los antiguos creían que su piel era negra porque el sol se la había quemado. Sin la ciencia, la fantasía de los primeros hombres era libre.

Al capitán le gustaba leer. Había muchos folios colgados de las cuerdas, como si fuera ropa

tendida, y cada uno de ellos llevaba escrita alguna frase de una novela.

«Haz lo que quieras.»

«O se escribe o se vive.»

«Sueño para no dejar de ver.»

Me dormí leyendo aquellas palabras, cautivado por las nanas de las siervas.

Al amanecer ya estaban todos cantando: mujeres, avestruces, gacelas, elefantes, cebras, monos y también los soldados, blancos y negros. A los blancos los conocía bien, a los negros los veía por primera vez. A éstos se los llamaba *áscaris*, *muntaz*, *bulucbasci*, *sciumbasci* y *dubat*, que significa «turbantes blancos». Los *dubat* venían de Somalia, llevaban turbante y el torso desnudo, como los guerreros de Aquiles. Los *áscaris*, que tenían un grado superior, lucían un cilindro rojo en la cabeza. Los *dubat*, los de más bajo rango, eran tropas irregulares, iban descalzos, a pie o en camello.

En Otumlo los camellos trabajaban más que nuestras mulas, transportaban víveres y munición de acá para allá, febrilmente, azotados por unos hombres que corrían como en los hormigueros.

Las hormigas, las termitas, las pulgas, las ladillas y los mosquitos nos perseguían y se topaban con los carros de combate, la artillería ligera y pesada, las bayonetas, las bombas y las pistolas.

En mi primera mañana africana, hombres y animales se movían como locos.

—La vida cambia con la guerra —decía el capitán—. Se apodera del hombre una extraña euforia, como les ocurre a las moscas en septiembre, cuando termina el calor, están a punto de morir y las ves estamparse contra las paredes y volar día y noche. Mira alrededor, ¿no percibes la impaciencia humana?

—Parece que todos estuvieran metidos en una centrifugadora.

—Trescientos mil hombres se sienten ahora como esas moscas: nerviosos, impacientes por morir. La muerte no los asusta: al contrario, los estimula. Es como si acudieran a un festín más que a su propio funeral.

Mientras mi duque me instruía, yo oía unos lamentos. Guturales y profundos, llegaban unidos a unos golpes contra el metal.

Reconocía y no reconocía ese sonido del metal, así que busqué el *Vida Nueva*.

Cien babuinos brincaban sobre las alas de mi trimotor abollándolo como una latita. Desesperado, disparé al aire y después al suelo.

Beba me arrebató el fusil.

—Idiota, en África eso no se hace. Aquí debes ser tan educado como en la corte de Londres.

Y, sin mirarme, le ofreció un bote de miel al jefe de la tribu de babuinos. El cabecilla sorbió más

que sus súbditos. Por suerte, tras beber la última gota de miel y tras las reverencias de agradecimiento, la tribu desapareció en la selva.

Mi duque me miraba con el gesto torcido.

–Quien es amargo cosecha veneno.

–Mondio, ¿cuál es mi misión?

–¿Quieres volar de sol a sol?

–Quiero volar.

–Calla y volemós.

–¿Adónde vamos?

–A Abisinia.

Beba había subido a bordo un saco de color caqui. Tras rodar por la hierba caliente, di un golpe a la palanca para poner en marcha el motor y, con la proa elevada hacia el cielo, despegué. Papamundo viajaba sentado a mi lado; Mondio contemplaba embelesado las nubes.

–Las nubes dibujan otros continentes.

–Continentes barridos por el viento.

–Las nubes se disipan y a cada momento adoptan nuevas formas. También sobre la tierra todo se transforma, pero a veces deben pasar milenios. Por eso prefiero la tierra.

–¿Le conmueven las nubes, mi capitán?

–Al envejecer nos volvemos sentimentales.

¿Cuántos años tienes, Mosquito?

–Veintitrés.

–Hablas demasiado para tu edad.

—¿Acaso no soy libre?

—El hombre joven debe guardar silencio y el hombre maduro puede hablar, pero sólo si tiene argumentos interesantes. En cambio, un hombre viejo puede al fin decir lo que le plazca.

—¿Cuántos años tiene, mi capitán?

—Muchos y vividos.

Me agarré bien a la palanca de mando porque estábamos atravesando unas turbulencias de aire caliente. La luz nos quemaba las cejas y los labios. Busqué las gafas y el agua, y Mondio también bebió.

—Giulio, ¿qué llevas contigo cuando vuelas?

—Brújula, prismáticos, puñal, cerillas, diario de a bordo, pistola lanza bengalas, revólver y paracaídas.

—El paracaídas es una vida de recambio. Estaría bien poder tener una vida de recambio también en la tierra. ¿Llevas algo más?

—No, mi capitán.

—Deberías disponer de una jeringa de agua salada, por si acabas en zonas infernales, y, además, tener sentido de la orientación.

—Llevo mapa y brújula.

—Eso no basta. En África tienes que orientarte con las estrellas y los vientos, reconocer las huellas de los animales y tener el olfato de las fieras.

—¿Y usted qué lleva en el saco, mi capitán?

Mondio no contestó: seguía contemplando las nubes como si fueran las primeras que veía. A Papamundo, presa del arrobo, los ojos color rubí le daban vueltas en las órbitas.

–Tú vuelas más alto que yo.

–Y eso que no tengo plumas ni alas.

–Tal vez algún día vosotros, los hombres, tendréis alas en los pies.

Mondio se hacía el misterioso y yo volaba sin rumbo.

–¿Adónde tengo que ir, Mondio?

–Al sur, siempre al sur.

Bajo aquella luz roja y polvorienta desfilaban tierras selváticas y paraísos desiertos.

–¿Dónde están los hombres, mi capitán?

–Están, pero no se ven.

–¿Se han ocultado?

–No quieren mostrarse. Éste es un país extraño, animista y cristiano. Durante milenios se olvidó del mundo y el mundo se olvidó de él.

Sobrevolábamos entonces las cumbres de Simien, que, aguzadas como los dientes de un tiburón, mordían las nubes. Mondio, que reconocía a simple vista cualquier paraje, me dijo:

–Aterrizas en aquel altiplano, después de los cuatro baobabs dispuestos en cruz.

Fue oír sus palabras y ahí estaban las cruces y los baobabs. Tras planear en un mar de luz, aterricé.

No se veía un alma, salvo algún que otro ma-
tojo de paja. Sin embargo, de la nada, una mul-
titud de hombres cargados de regalos poco a
poco se fue aproximando al *Vida Nueva*. Al-
gunos traían liebres ahumadas, colas de zorro,
picos de pelícano, albóndigas de rana, caballitos
de lago, racimos de uva silvestre, colas de
cebra y colmillos de elefante. Unos cantaban y
otros callaban.

El primero en acercarse fue el jefe de la tribu,
que me ofrecía los dos ojos de cabrito que traía en
la mano.

–Calla y come –me dijo Beba, y eso mismo
tuve que hacer–. El hombre fuerte es el que se
adapta. Dondequiera que vayas, adáptate y sobrevi-
virás.

El jefe de la tribu nos cantaba su admiración.

–Oh, hombres afortunados, que habéis hecho
realidad el sueño de volar. Oh, hombres bendi-
tos, que navegáis por el firmamento. Oh, hom-
bres que estáis junto a los ángeles, decidme, ¿los
ángeles pesan más que vosotros o son más ligeros?

–Majestad, en el cielo hay ángeles livianos y án-
geles pesados. En las alturas no nos hacen caso,
siguen de largo y se van a cumplir con sus misio-
nes divinas –contestó Beba.

–De modo que no sois dignos de su conside-
ración.

–Nosotros somos mortales alados, majestad.

El jefe apreciaba nuestra modestia, pero a sus ojos ya habíamos perdido la importancia inicial.

–Entonces, bípedo alado, dime por qué has venido a perturbar mi paz.

–Majestad, traigo para usted un mensaje de nuestro jefe.

–¿Es largo o breve?

–Breve.

–Entonces se puede leer.

Beba Mondio había sacado de su saco color caqui un rollo cubierto de lacre rojo, se lo entregó al rey y éste lo abrió con seguridad.

–Hombre volador, léeme estas palabras.

–El Gobierno italiano solicita al ras de Ady Arkay que se someta, que hoy mismo reniegue del negus Haile Selassie para así gozar de beneficios con motivo de la inminente ocupación del ejército italiano.

–Necesito tiempo –farfulló el ras.

–¿Y quién no lo necesita? –dijo Beba.

El jefe de la tribu ya no sabía qué más regalar para conquistarnos: huevos de avestruz, pepitas de plata, bufandas de seda de araña, higos amarillos y rosados.

Intentábamos explicarle que sólo éramos mensajeros y que nuestra opinión jamás podría suavizar las decisiones del Gobierno, pero aquel hombre

habría sido capaz de regalarnos incluso sus montañas y buscaba entre la multitud algo con que sorprendernos.

Un relámpago cruzó de pronto sus ojos: hermosos como estatuas griegas, un hombre y una mujer caminaban juntos.

El hombre llevaba los pies encadenados a los de la mujer, que era bellísima. Los pasos de ambos, quizá por la costumbre y quizá por disimular la esclavitud, avanzaban al unísono, con la misma zancada, los mismos andares. Sus cuerpos caminaban casi bailando en la arena, rítmicamente, él con taparrabos y el pecho suave de adolescente, ella con una faja transparente en las caderas y los pechos perfectos, en forma de cúpula.

Junto a las orejas de la mujer revoloteaban y se posaban dos libélulas azules, aretes vivientes. Cada libélula disponía de cuatro alas transparentes que, al agitarse, quedaban horizontales y después, al juntarse, quedaban inmóviles, como unas manos en ademán de plegaria. Nunca había visto unos seres tan etéreos.

El ras había cortado las cadenas que los esclavos llevaban en los pies y los miraba complacido, como un agricultor contempla sus terneros.

—Os regalo estos dos esclavos, los mejores de mi harén. Os lo ruego, no me hagáis daño, no le hagáis daño a mi pueblo.

El hombre y la mujer no querían abandonar el altiplano y nos miraban con hostilidad.

–Y ahora que somos libres, ¿quién nos dará de comer? Para algunos la libertad es una desgracia –dijo él.

–¿Para qué vamos a seguir a dos hombres tan pálidos y sin vida? –se preguntaba ella.

Rechazar aquel presente era una descortesía hacia el poderoso y aceptarlo era hacer infelices a los dos esclavos. Pero el ras resolvió el dilema.

–No hagáis caso de lo que dicen. Tsahai, que significa «sol», es una mujer que hace siempre lo que piensa. Amalik es un esclavo que dice siempre lo que piensa y a veces es insoportable.

–Los reyes, que son hombres, no aman la verdad –dijo Amalik.

Aun liberados de sus cadenas, aquellos dos no perdieron la costumbre de caminar a la par.

–Nos queremos tanto que, sin el otro, cualquier aspecto de la vida, por minúsculo que sea, nos parece feo –dijo Amalik.

Durante el vuelo Tsahai me acribilló a preguntas.

–¿Te gusta volar?

–Es lo único que sé hacer.

–¿Y sabes hacer el amor?

–Creo que sí.

–Menos mal. ¿Por qué eres tan blanco?

–Porque el sol no me ha quemado.

—¿Por qué vuelas?

—Porque amo la libertad.

—¿Por qué amas la libertad?

—Y tú, ¿por qué haces tantas preguntas?

—Las preguntas son más bonitas que las respuestas.

Ella me miraba con sus grandes ojos mientras las libélulas azules revoloteaban sobre los lóbulos de sus orejas. Era como si éstas siguieran sus estados de ánimo: cuando ella se sentía alegre, estaban alegres; cuando ella se sentía tranquila, estaban tranquilas.

Tsahai y Amalik jamás se habían subido a un avión. Sólo las libélulas tenían cierta práctica de vuelo, aunque, eso sí, a ras del agua.

Entre las nubes, Tsahai contaba cuentos.

—Érase una vez un hombre sin sombra. Un día su sombra lo siguió y él la ahuyentó diciéndole: «No me sigas más, quiero estar solo». Y la sombra obedeció, pero de ahí en adelante el hombre se volvió invisible.

—Es un cuento poco creíble, Tsahai —le dije yo.

—Érase una vez un templo dedicado a la paciencia. Los esposos acudían allí a preguntarle al sacerdote: «¿Cuál es el secreto de un buen matrimonio?». Y el sacerdote respondía: «Paciencia, paciencia, paciencia».

—¿Qué sabia eres.